

La última manzana

Una vez me dijeron que justo el día de mi nacimiento mi abuelo plantó un árbol. Los manzanos tardan bastante en crecer, por eso fue una sorpresa ver que en pocos años ya había crecido a su máxima extensión. En mi pequeño pueblo rodeado de colinas, la gente tiene muy pocas cosas, por eso se aferran a esos pocos objetos que les pertenecen. Ahí el dinero vale muy poco y un árbol que proporcione sombra frente al sol radiante y ricas manzanas lo vale todo. Por eso ese árbol parecía una bendición, miraba desde encima de la colina hacia el pueblo, con sus grandes ramas vestidas con hojas que provocaban un sonido muy placentero. Era un milagro que un árbol que necesita tanta agua y tanto tiempo creciera tan rápido. Los años pasaron y todos los veranos la gente se sentaba debajo del árbol a disfrutar de la sombra y de la fuerte brisa que hacía en la cima. Cuando los meses más cálidos habían pasado, el árbol parecía más triste, como si disfrutara de la presencia humana y ahí estaba yo para hacerle compañía.

Mi abuelo recogía todos los veranos las manzanas, era un manzano grande y daba muchos frutos con los que mi abuelo hacía ricas tartas. Él disfrutaba cuando estaba con plantas, y las plantas cuando estaban con él. Había viajado mucho y conocía muy bien la naturaleza, aun así, la gente se reía cuando les contaba sus pensamientos. Cuando éste murió, el árbol no volvió a dar fruto, y sólo una manzana quedó escondida justo en el centro, entre las ramas del árbol.

A lo largo de mi juventud la aldea fue creciendo, pasó de mil habitantes a como mínimo el doble, normal, una gran compañía había decidido usar nuestras colinas para generar energía. A esta gente no les importaba lo más mínimo nuestra tierra, ni nuestra fauna, ellos habían venido a aprovecharse de la abundante energía eólica que era posible generar en nuestras colinas con gigantescos molinos de viento. Por supuesto también querían ocupar la colina más alta, justo en la que estaba mi árbol, al que de una forma u otra consideraba ya un amigo.

Pero todavía quedaba mucho tiempo para eso, ya que los materiales para el molino tenían que llegar y no eran muy fáciles de transportar ni de montar. De todas formas, me preocupé, empecé a investigar un poco más sobre el tema y pronto me topé con un artículo de periódico que hablaba del cambio climático, esto explicaba los molinos, ya que si no los usáramos íbamos a notar las consecuencias. Al principio me negué a creer que de verdad la naturaleza estaba tan amenazada, pero justo esa primavera hubo una lluvia mucho más fuerte que lo habitual. El árbol sintió los efectos, después de días de lluvia sin descanso se le cayeron dos ramas, ahora ya sólo su tronco sostenía a otras seis. El árbol una vez más me hizo sentir triste, y fui a hacerle compañía, por un momento mientras estaba tumbado debajo de su sombra noté que me quería decir algo.

Los meses pasaron y las praderas pasaron de un verde brillante a un amarillo apagado, las tardes empezaban a hacerse largas y ese año noté un calor descomunal. Las vecinas solían decir "el tiempo está loco" pero yo esta vez ya sabía por qué estaba pasando. Ese verano fue especialmente seco, las ramas se secaron y a falta de lluvia finalmente dos ramas más cayeron, así que sólo cuatro más permanecieron ahí. Todos los días subía a ver qué tal estaba, pero cada vez que me acercaba a él, notaba que algo me ponía triste.

Cada día quedaba menos para la instalación del molino, pero de todas formas no quería pensar mucho en ello así que decidí dar un paseo. No había mucho que ver en el infinito paisaje ondulado en el que se encontraba mi pueblecito, pero no estaba mal para vaciar un momento la cabeza y relajarse. Pero no podía, no podía dejar de pensar en ese árbol.

Sabía que no era capaz de sentir emociones, pero de una forma u otra le había cogido cariño.

Fue en esas colinas donde se me ocurrió una idea, retrasar la construcción del molino el mayor tiempo posible para proteger al que ya consideraba un amigo. Sabía que no estaba bien sabotear ni hacer vandalismo, pero esta vez lo veía necesario.

Mi primera acción sería por la noche, un aspa había llegado ya al pueblecito en un camión. Por la mañana se iba a trasladar a la colina y la idea era quitarle la gasolina al vehículo para que fuese incapaz de llevarlo hasta ahí.

La noche ya había llegado y yo estaba listo para hacerlo, ya tenía todo preparado y justo iba a salir de casa cuando pensé un momento en lo que iba a hacer. Ahí me di cuenta de que lo que estaba haciendo era una estupidez.

La adrenalina se me pasó muy rápido y el sueño finalmente se apoderó de mí. A la mañana siguiente tuve más tiempo para reflexionar y no había mejor sitio para hacerlo que con mi querido árbol. Cuando iba subiendo el monte para llegar ahí, vi algo que me asustó. Dos ramas más se habían caído al suelo. No me lo podía creer, esta noche no había habido ninguna precipitación ni ninguna temperatura lo suficientemente extrema como para tirar unas ramas.

Es difícil de explicar lo que sentí en ese momento, pero una emoción que claramente estaba presente era la intriga. No era posible que una rama se cayera sola, pero sobre todo pensé en la casualidad de que justo mientras yo lo intentaba salvar, el árbol se degradara solo. También noté que hoy el sonido de las hojas sonaba distinto, sonaba igual de triste como en los últimos meses, pero era distinto. Cada vez me resultaba más evidente que me quería decir algo, más bien, me quería avisar de algo.

De repente oí a un camión acercándose, todavía estaba lejos y casi sin pensar reuní toda mi fuerza y empujé las dos ramas hasta que taponaron la carretera. Lo hice sin pensar y después bajé corriendo. Mientras corría a mi casa escuché al camión pitar, y después pude oír como dos ramas más se caían.

En mi casa me encerré en mi cuarto, me puse mi música preferida a máximo volumen para no tener que estar escuchando los constantes pitidos del conductor. Pasé todo el día ahí casi sin moverme simplemente intentando no pensar en el dichoso tema que ya me había tenido ocupado durante las últimas semanas. A la hora de la cena tuve una conversación con mi madre sobre lo sucedido hoy.

—La que se ha liado hoy en el pueblo— dijo mi madre intentando entablar una conversación

—Ya, el conductor no dejó de pitar— me alivió que no supiera que era yo el causante de todo el ruido

—Al final el camión volvió al pueblo, mañana quitarán la rama y lo subirán.

—Me parece extraño que se caigan todas esas ramas

—A mí también, tu abuelo decía que los árboles tenían también sentimientos y que cuando no les gustaba una situación eso tenía efectos físicos. También solía decir que cada árbol tenía una misión que cumplir: unos estaban de decoración, otros estaban para usos prácticos etc. En fin, tu abuelo estaba un poco loco.

Después de haber escuchado eso me quedó completamente claro porque habían pasado todas esas cosas tan extrañas. El destino de ese árbol era ser sustituido por un gigantesco molino, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Esa noche fui a visitar de nuevo al manzano, por primera vez en mucho tiempo me pareció que estaba feliz, me transmitió una sensación

de alegría que nunca había sentido antes. Pero a la vez me era difícil de soportar pensar en que éste sería nuestro último encuentro. Mientras esos dos sentimientos peleaban dentro de mí, vi caer la manzana roja entre las dos ramas del árbol. Rápidamente la cogí y me la comí dejando sólo las semillas en el centro de la manzana.

A la mañana siguiente todo el pueblo acudió a ver el principio de la construcción del molino. Llegué justo cuando estaban talando el árbol, primero cortaron las dos ramas y después el tronco. Curiosamente no sentí tristeza, sabía que con esa última manzana iba a nacer un árbol tan hermoso como el manzano que mi abuelo plantó el día de mi nacimiento.